

Ivonne Bordelois

Un triángulo crucial. Borges, Güiraldes y Lugones

Buenos Aires: Eudeba, 1999

Ivonne Bordelois, cuya gama de intereses incluye autores tan dispares como Ricardo Güiraldes y Alejandra Pizarnik, propone ahora un interesante estudio de las relaciones entre Borges, Güiraldes y Lugones¹. El tema del libro está bien elegido, ya que se cifra en ese triángulo una trascendente época de la literatura argentina. Se notaba ya, por lo demás, la falta de un estudio meduloso acerca de las cambiantes relaciones entre Borges y Güiraldes, y la contradictoria actitud de Borges ante Lugones no había llamado menos la atención.

El trabajo, cuya materia fuese objeto de un Seminario de Doctorado en la Universidad de Buenos Aires, presenta una plausible y amena reconstrucción de época, escandida en tres partes: la primera estudia la relación entre Güiraldes y Borges; la segunda, la consagración de éste y el silenciamiento de Borges por parte de Lugones; la última, la “canonización” póstuma de Lugones por Borges y el giro que éste daría en desmedro de Güiraldes. Simplifico aquí el esquema con que Bordelois reconstruye la complicada relación entre los tres autores: Borges, quien apreciaba a la persona Güiraldes, se alía con éste a fin de introducir sus respectivas obras en el campo literario de la época, desplazando a Lugones. Los ataques de Borges a Lugones, a su vez, habrían predisposto a éste contra Borges. Al aparecer, casi simultáneamente, en julio de 1926, *Don Segundo Sombra* y *El tamaño de mi esperanza*, Lugones habría encontrado la manera de poner a Borges en su lugar: mediante una reseña elogiosa y en sitio preponderante, da a Güiraldes el espaldarazo, y anonada con su silencio el libro de ensayos publicado por el joven adversario.

Bordelois presenta sus resultados en un estilo ameno y accesible; el estudio contiene varios aciertos, pero también algunos errores de hecho o de interpretación. Ninguno de ellos es grave por separado, pero la suma da una imagen diferente del asunto en cuestión, y suscita dudas acerca de la documentación manejada. El error menos trascendente: según Bordelois (35), “el 15 de julio [de 1924] se conocen Güiraldes y Borges en la inauguración de Amigos del Arte, cuyo presidente es Manuel Güiraldes” [padre del escritor]. Sin embargo, Borges arribó recién cuatro días más tarde a Buenos Aires, procedente de Europa (*El Diario* porteño del 19-VII-24 menciona a “J. Borges y familia” entre los pasajeros del “Orania”; cf. A. Vaccaro: *Georgie*. Buenos Aires: Proa, 1996, 241). También una nota de Güiraldes en su Diario, de comienzos de agosto de 1924, afirma que éste había conocido a Borges pocos días antes, es decir, hacia fines de julio. Por cierto, Güiraldes y los padres de Borges estaban ya en contacto, cuando menos, desde hacía tres años, lo cual Bordelois parece ignorar. Ello explica, por un lado, que subsista entre el material póstumo de Borges una edición del *Cencerro de cristal* (1915) con dedicatoria del autor, fechada en 1921, así como la existencia de ejemplares de ambos números de la revista mural *Prisma* (1921-1922) con sendas dedicatorias de Borges a

¹ Anticipos de las tesis básicas aparecieron en *Cuadernos Hispanoamericanos* 585 (1999) y en *La Nación* (25-IV-99). Otros trabajos de Ivonne Bordelois: *Genio y figura de Ricardo Güiraldes* (1966, 1998), *El Alegre Apocalipsis* (1995) y *Correspondencia Pizarnik* (1998).

Güiraldes. La relación entre los padres de Borges y Güiraldes debe haber influido, además, para que aquél planeara incluir poemas de Güiraldes en “La lírica argentina contemporánea” (1921; *Textos Recobrados* 132-141)², plan que surge de su correspondencia inédita y que no se concretó, imagino, por razones ajenas a Borges.

Otros errores proceden de una práctica difundida, que ha desbarrado algunos trabajos sobre la poesía de Borges: citar obras suyas por ediciones tardías, sin considerar que las primeras aducen numerosas variantes. En el caso de *Luna de enfrente*, que interesa a Bordelois en relación con el criollismo de Borges, la edición original hubiera sido más favorable a su tesis que la elegida. Además, su afán por relacionar el criollismo de Borges con Güiraldes, aunado al desconocimiento de las ediciones *princeps*, hace decir a Bordelois, por ejemplo: “[en *Luna de enfrente*] es la primera vez que Borges habla de guitarras en su poesía” (46). El aserto es erróneo: ya en *Fervor de Buenos Aires* (1923), el término “guitarra(s)” aparece 5 veces, y un poema, suprimido recién a partir de 1966, llevaba por título “La guitarra”.

La relación entre Borges y Lugones fue realmente complicada y hasta contradictoria; ello es comprensible si se tiene en cuenta el enorme peso de la figura pública de Lugones y la ansiedad del joven Borges por alcanzar reconocimiento. Como representante del modernismo, Lugones era un contrincante de Borges y sus amigos; por otro lado, era un punto de referencia, un faro ineludible en el mundillo literario y en el incipiente campo intelectual.

Algunas citas lo certifican: en una carta de 1922, Borges llama a Lugones “el mayor taita literario de aquí”. En su respuesta a la encuesta de *Nosotros* acerca de la “nueva generación literaria”, Borges dice (TR 390): “Mis entusiasmos son ortodoxos. Entre los santos de mi devoción cuento a Capdevila, a Banchs y señaladamente a nuestro Quevedo, Lugones.” En carta inédita del 10-VIII-23, Borges anota: “una página de Cansinos Asséns o de Lugones equivale a la obra total de [Pedro] Garfias...”³. En una versión de “Examen de metáforas”, compuesta entre fines de 1923 y comienzos de 1924 en Europa, y no entregada por él a la imprenta, Borges anota: “Góngora, escandaloso profesor de falacias, comenzó el aprovechamiento de las coincidencias formales (...) al afirmar: ‘Los arados peinan los agros.’ Artimaña que alcanzó luego su más plenaria reducción al absurdo en versos numerosos del axiomático *Lunario sentimental* de nuestro Quevedo, Lugones”. Y en carta inédita de enero de 1924, Borges relata: “En la maleta traigo los *Sueños* de Villarroel y el *Libro de los Paisajes* de Lugones”, y agrega que “entrando a saco en ellos”, hallará tantas metáforas como para hacer “dos poemarios creacionistas”.

Puede afirmarse que en todos los testimonios del joven Borges, cuando menos hasta 1925, resuena la admiración por Lugones. No extraña, por ello, que, a pesar de no compartir su poética, Borges lo visitara a menudo para mostrarle sus obras: aparte del testimonio tardío de Borges, hay dos coetáneos, de una visita en conjunto con Eduardo González Lanuza, que tuvo lugar el 27-III-22; ambos ofrecieron a Lugones ejemplares de *Prisma* 1 y 2, y se enredaron con él en una discusión acerca de la rima. El último trabajo de la década de

² TR: Jorge Luis Borges. *Textos recobrados, 1919-1929*. Buenos Aires: Emecé, 1997.

³ En el marco de la misma encuesta (*Nosotros* 169, junio 1923, 282), Guillermo Juan [Borges] llama “Nulario sentimental” al *Lunario* de Lugones, bufonería atribuida en general a Borges, quien la utilizaría recién en 1926 (TR 207).

Borges sobre Lugones será la reseña del *Romancero* (*Inicial* 9, enero 1926; *Tamaño* 1926: 102-106). Borges no volverá a dedicarle un ensayo hasta su muerte en 1938 (aunque alude cifradamente a él, como cordobés, al final de su respuesta a la encuesta de *Crítica* sobre el gaucho; cf. C. García, *Variaciones Borges* 8, 186).

Si bien es cierto que *El tamaño de mi esperanza* no recibió comentarios de peso, el silenciamiento de Borges por parte de Lugones no era nuevo; de hecho, éste nunca escribió expresamente sobre aquél. Lo nuevo es el comentario positivo y en lugar prominente que Lugones dedica a Güiraldes, ayudando así, como bien ve Bordelois, al éxito de *Don Segundo Sombra*. Debe considerarse, sin embargo, que la editorial regentada por Evar Méndez había preparado la aparición de la novela con un magno despliegue publicitario, que incluyó anticipos en *Martín Fierro* y una ingente tirada.

Por lo demás, el Borges que se repartiera con Güiraldes la pampa y el arrabal no es el prosista de *Tamaño*, sino el poeta que publicara a fines de 1925 *Luna de enfrente* y que planeaba ya, desde diciembre del mismo año, *Cuaderno San Martín* (que vería la luz recién en 1929). El terreno que Borges disputaba a Lugones, y sobre el cual versaba su desacuerdo, no era la prosa, sino la poesía, fácil constatación que debilita el esquema propuesto por Bordelois.

Ubicaría el cisma entre Borges y Lugones hacia abril de 1925. En una carta de lector (“De la dirección de *Proa*”: *Nosotros* 49, 191, abril 1925; *TR* 207), Borges refuta imputaciones hechas a la revista que él co-dirigía con Güiraldes, Brandán y Rojas Paz: “Lo que sí juzgo inexplicable en el arranque de Villoldo es su cuádruple afirmación de que *Proa* ‘suscribe con peregrina complacencia las temerarias divagaciones políticas’ que gesticula don Leopoldo Lugones. ¿Basta el solo hecho de que *Proa*, revista puramente literaria, no haya atacado hasta hoy la bravuconería del cordobés, para que la declaren cómplice suya? ¿No es esto una injusticia? (...) Yo quiero agradecerle a Lugones el habitual deleite que *El Solterón* y la *Quimera Lunar* y alguna estrofa suelta (*El jardín con sus íntimos retiros – dará a tu alado sueño fácil jaula*) siempre me regalaron; pero ni sufro sus rimas ni me acuerdo del tétrico enlutado ni pretendo que sus imágenes, divagadoras siempre y nunca ayudadoras del pensar, puedan equipararse a las figuras orgánicas que muestran Gómez de la Serna y Rafael Cansinos Asséns.” La dirección de *Proa*, a su vez, se distanciará del reproche de ser un “ejército fascista capitaneado por Lugones”, en una carta publicada poco después en sus propias páginas (*TR* 205).

Es éste, sugiero, el trasfondo ante el cual debe leerse el feroz ataque de Borges a Lugones en *Inicial*, con ocasión del *Romancero*: la necesidad de apartarse de la nociva sombra del politizado Lugones. De ahí, también, la mención desdeñosa en una entrevista de mayo de 1926 (*TR* 390-391): “En ese anteaer, no había atardeceres, había crepúsculos; (...) no había poetas, había Díaz Romero y Lugones.” Tras el alucinado encuentro de 1960, en el que Borges cifra su reconciliación con la figura imponente del admirado contrincante, y tras sus despistes políticos, puede sorprender que adjudique a Borges motivos de esa índole para distanciarse de Lugones a mediados del 20. Recuerdo, sin embargo, que es su etapa más politizada, que lo llevará a apoyar activamente la candidatura de Yrigoyen en 1928 – actividad paralela a la tarea compartida con Lugones en la fundación y dirección de la Sociedad Argentina de Escritores.

Por lo demás, aduzco esa hipótesis menos por convicción que para mostrar que los

documentos pueden ser leídos de manera diferente a la propuesta por Bordelois. Pero es aquí donde veo el mayor mérito de su libro: pone de nuevo sobre el tapete, con buenos materiales y una hipótesis ingeniosa, una cuestión que merece ser discutida.

Carlos García
Hamburgo